

Charla de Monseñor Jorge Casaretto  
Obispo de la Diócesis de San Isidro, Buenos Aires  
Presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral Social (hasta noviembre 2011)

25 de Septiembre de 2011, Edificio Cassará

Encuentro: Hacia un Liderazgo en Justicia y Solidaridad

*“Juntos para promover el desarrollo integral y erradicar la pobreza”*

Estoy muy contento de estar con ustedes. La verdad es que cuando surgió la idea del Congreso de Doctrina Social de la Iglesia, en Justicia y Paz surgió esta inquietud de tener un Espacio Joven, y tenemos que reconocerlo: muchos no veíamos bien cómo iba a ser ese espacio, teníamos un poco de inquietud.

De todo lo que iba a ser el Congreso, lo que estaba más oscuro en su realización y en cómo iba a quedar era justamente este Espacio Joven. Todos teníamos un poquito de ansiedad y esperanzas, por otro lado. La verdad es que las esperanzas fueron sumamente colmadas, los objetivos fueron superados, y esto gracias a un trabajo y una participación de todos ustedes. A mí me pareció muy bien cuando en Justicia y Paz apareció la inquietud de continuar ese espacio, de darle una cierta continuidad, que es una continuidad que tenemos que ir forjando entre todos.

Cuando los oía recién a ustedes me daba cuenta de que de alguna manera ustedes están en alguna base, en algún movimiento, en alguna diócesis: tienen una dimensión básica que está de alguna manera respondida. Pero me parece que lo que ustedes podrían, además de eso, es ser animadores sociales del espacio en el que están. Comúnmente en los espacios de Iglesia hay dos preocupaciones: una es la *integración y la comunión eclesial*, fortalecer la Iglesia; y yo siempre he dicho que si no hay espacios jóvenes en la Iglesia, la Iglesia carece de algo fundamental. Y hay otra preocupación, otro espacio, que es *el mundo*. La Iglesia no la creó Jesucristo para sí misma; la creó para evangelizar, para animar las realidades temporales del mundo. Y ése es el otro espacio.

A veces, me parece a mí, que en los contextos eclesiales se trabaja mucho esa primera dimensión de la interacción eclesial, pero no se trabaja tanto esta otra preocupación y compromiso con el mundo. Entonces ustedes, lo primero que tienen que hacer es ser conscientes y ser muy agradecidos a Dios; ustedes han sido llamados personalmente por Dios para tener esta interacción eclesial pero también para tener esa visión de este espacio que es el mundo y que tiene que ser comprometidamente respondido con los valores evangélicos.

Y acá entonces empiezo por recordarles que la Iglesia tiene 2000 años de existencia sobre la tierra. Por supuesto que en esta historia de la Iglesia ha habido luces y sombras. Quizás en este contexto cultural en que vivimos, los medios de comunicación y la cultura misma, insisten mucho en las sombras, pero son muchísimas más las luces que la Iglesia ha puesto en el mundo en estos 2000 años, que las sombras.

Tuve la gracia de Dios de estar en Madrid cuando se realizó la Jornada Mundial de la Juventud, y veía con toda sinceridad algo: el Papa no era Juan Pablo II, y con Juan Pablo II se podría pensar que él tenía una personalidad tan atractiva que él por su misma personalidad llamaba a los jóvenes. Este Papa no tiene ese carisma y no tiene ese poder

de comunicación que tenía Juan Pablo, y sin embargo se convocaron un millón y medio de personas, y Madrid realmente estaba como tomada por la juventud. Y no era por el carisma del Papa, sino que era justamente por la Iglesia. Y esta es una Iglesia que está en todas partes; a mí me encantó ver esa dimensión universal: los africanos, los asiáticos, los americanos, los europeos, todos; esa dimensión tan universal en un mismo contexto. Yo pensaba: todos esos jóvenes están al servicio de la paz, la solidaridad; ninguno está propiciando la violencia, el odio, la mentira, la calumnia; sino que estaban como queriendo comunicarse unos y otros, y queriendo dejar que Jesucristo les comunicara este contexto en el corazón de lo que él viene a traer. Jesús constantemente se los da diciendo “la Paz esté con ustedes”, “Yo vengo a traer una Paz que es distinta”, “ustedes no pueden forjar esta Paz si no tienen mi ayuda”. Por eso entonces les digo: a mí me llamó muchísimo la atención y fue un motivo de reflexión muy grande esta Jornada Mundial de la Juventud en la que vi todos esos jóvenes al servicio de la paz.

Y ahora llego acá y me encuentro con ustedes y los veo a todos al servicio de la paz, con ganas de poner algo distinto al servicio de la sociedad argentina. ¿Con qué contamos para esto distinto? Es interesante, porque evidentemente como cristianos siempre volvemos a nuestra base que es Jesús, pero a lo largo de estos 2000 años los cristianos nos fuimos encontrando con diversas culturas, y en el intercambio y diálogo con esas culturas es que se ha ido forjando esto que llamamos “el pensamiento social de la Iglesia”, que es de una gran riqueza.

#### **PRINCIPIO SOBRE EL CUAL SE SUSTENTA EL PENSAMIENTO SOCIAL DE LA IGLESIA**

La primera vez que estuve hablando delante de ustedes en Luján les dije: ¿cómo se empieza a forjar ese pensamiento? Empieza con la Creación. Si partimos de la base de creer en un Dios que lo hizo todo, ya tenemos un principio para nuestra vida que nos llama a vivir de un modo particular.

Fíjense. En el mundo hay como dos alternativas: o pensamos que Dios creó todo, o la otra es que todo ocurre por el azar, por casualidad. Entonces yo digo: el principio de orientación básica nace en la Creación; si nosotros no pensamos que Dios creó todo, entonces le vamos a dar a la persona humana un poder de tal manera que la persona humana se encuentra siempre ante la posibilidad de ser él el creador de las cosas. Y, generalmente, cuando el hombre tiene una autonomía y una independencia tan grandes respecto a Dios, todo eso termina en un acto de soberbia muy fuerte. Cuando el hombre se cree que es una especie de Dios él, termina en una gran soberbia, en un gran aislamiento. En cambio, si partimos de la base de que Dios creó los cielos y la tierra, y que lo hizo por un acto de amor, entonces el camino del hombre es un camino de unión y de alianza con Dios. Entonces si uno se está aliando a esa fuente del amor que es Dios, de ese amor participa y ése es el amor que va a volcar en el mundo. Fíjense que esto lo entendió muy bien el pueblo judío: a lo largo de todo el Antiguo Testamento el pueblo judío fue haciendo alianzas con Dios, y cuando el pueblo judío se apartaba de esas alianzas no tenía alternativa, se volcaba a creer en dioses falsos. El gran pecado del pueblo judío al apartarse de Dios era justamente la idolatría. Y en definitiva, o uno cree en un Dios, o cree en muchos dioses, cree en un Dios, o nada más que en uno mismo: la alternativa es esa. Entonces si uno lo aísla a Dios de la fuente de la vida de uno, uno cae o en falsos dioses o en la soberbia, en el endiosamiento de uno mismo. Y este pecado es el que se repite a lo largo de la historia.

Fíjense en el contexto cultural en el que vivimos hoy: yo les decía que había muchas corrientes culturales que estaban censurando la vida de la Iglesia, o que reparan

nada más en los errores que se pudieron haber cometido a lo largo de la historia –hay que aceptar esa sombra-, y entonces cuando se hace mucho hincapié en eso uno dice: “no, ¿cómo voy a creer yo en una Iglesia que cometió tales o cuales errores?” Ahora justamente cuando estábamos en España, había algunas corrientes que se enfrentaban a toda esa recepción positiva del Papa, y las corrientes en definitiva desprestigiaban a la Iglesia y terminaban no en los falsos dioses, sino en el erigir a la persona como el dueño absoluto de su propia vida. Después vamos a ver esto que tiene mucha importancia. Entonces la alternativa es esta: yo parto de un Dios Creador, que creó los cielos y la tierra, todo con amor –el pueblo judío se entronca en toda esta visión de la Creación, haciendo alianzas con Él constantemente, apareciendo como el pueblo al que Dios ama, y como el pueblo que tiene que testimoniarlo a lo largo del tiempo. Pero cuando llegan los últimos tiempos, y estamos llegando a los últimos tiempos, Dios envía a su Hijo que es Jesucristo, y aparecerá la revelación definitiva de Dios, Jesús aparece como el Hijo de Dios y se revela como Dios, predica la Palabra de Dios, y en los Evangelios y en todos los gestos de Jesús aparece entonces la definición definitiva –valga la redundancia- de Dios: “yo soy el Dios que viene a implantar el amor sobre la tierra”. Esta implantación le costó la cruz a Jesús, pero justamente en su resurrección manifiesta que es Dios.

Y empieza entonces esta vida en estos 2000 años, en los que las grandes luces de lo que fue la Iglesia las ponen los santos, y esto es interesante: hay santos en Asia, en África, en América, en Europa... ¡hay santos por todas partes!, y son esos hombres y mujeres clarividentes que vieron el Evangelio y tuvieron que aplicarlo frente a las culturas, y a muchos de esos santos les costó la vida y fueron mártires. El martirio no es la condición normal del cristiano: la condición normal del cristiano es vivir una vida cristiana, y si toca el martirio toca el martirio. Pero lo importante es que hubo muchas personas que no están en el calendario de santos, pero que fueron personas que interpretaron el Evangelio en su vida y respondieron a los tiempos que tenían que vivir.

Entonces a lo largo de estos 2000 años, en la vida cristiana, en el intercambio con las culturas, en el diálogo con las culturas, es que se va como clarificando su pensamiento social. En la Santa Sede han tenido la buena idea de elaborar ese pensamiento que está en este Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia que les distribuyeron en Rosario, y este no es un libro fácil de leer; no se puede leer así nomás; más bien es un libro de consulta. Pero acá están los temas fundamentales del intercambio social de la Iglesia con la cultura. Y por eso entonces nosotros nos encontramos con todo este bagaje que es importantísimo. Si nosotros no nos basáramos en Dios nos basaríamos en nosotros mismos, y es lo que les pasa a muchos dirigentes que no tienen fundamento doctrinal en su marcha de acción (me parece que se ha ido dando un vaciamiento de los partidos políticos muy grandes, y ahora están basados nada más que en personalismos, pero no hay como una bajada doctrinal, y yo creo que una gran tarea de ustedes va a ser a través del compromiso que tengan –social, político, empresarial, social- volcar estos principios, ir como elaborando cuál es la aplicación de estos principios a los desafíos que la vida social nos va presentando. Hoy por eso quería hacerles esta introducción. Ustedes están llamados a volcar estos principios en la vida concreta que les toca vivir: en la universidad, en el trabajo, el que está afiliado a un partido político en el mismo partido, el que está en una ONG en esa organización, el que está en un sindicato, el que está en una cámara empresarial... La pregunta es: ¿cómo volcamos esto? Ustedes tienen una vocación que es un don de Dios y del cual tienen que estar agradecidos. Es de esta vocación de la que yo voy a hablar principalmente en esta mañana.

## VOCACIÓN COMO COMPROMISO DE VIDA

Voy a partir de una frase de Jesús que me parece muy clara: “Allí donde esté tu tesoro, estará tu corazón”. Y entonces la pregunta que nos hacemos justamente es: “¿Dónde está nuestro tesoro?” Jesús nos enseña unas palabras muy lindas: Un señor se encuentra con un tesoro, va, vende todo lo que tiene y compra ese campo; y eso no es un invento de Jesús, sino que era una realidad. En aquella época, en la tierra en la que Jesús estaba había siempre invasiones; entonces la gente escondía sus tesoros, que eran monedas de oro, importantes, en el campo. Y resulta que después venía la invasión, la gente moría o se la llevaban prisionera, y el tesoro quedaba escondido en el campo. Entonces Jesús cuando pone ese ejemplo no pone un ejemplo al azar; pasaban esas cosas. Por ahí un tipo se encontraba un tesoro en un campo, y entonces pensaba vender todo para comprar ese campo en donde estaba el tesoro. Es muy explícita esta parábola de Jesús. Cuando descubrimos nuestro tesoro, sacrifiquemos todo para vivir en conformidad con este tesoro. El gran tesoro nuestro es Jesucristo. Pero ¿dónde se va aplicando Jesucristo?

Para mí el tesoro fue el sacerdocio: yo dejé todo cuando descubrí que Jesús quería que yo fuera sacerdote. Entonces la vocación de ustedes es algo que implica que todas las energías tienen que estar puestas en eso. Hay dos vocaciones fundamentales, que son a la vida consagrada (o sacerdocio), o al matrimonio. Pero además hay otras dimensiones vocacionales que justamente son aquellas que nos van como implicando una consagración en nuestra vida. Porque de lo contrario si a esas vocaciones se las vive nomás como profesión, uno se equivoca: la vocación a la política, la vocación al sindicalismo, la vocación a una organización no gubernamental... son vocaciones que implican un compromiso de vida, que por supuesto son compatibles con la gran vocación al matrimonio. Yo tengo una vocación social, que no la voy a expresar políticamente porque soy sacerdote, pero tengo una vocación social, y eso no es para mí –por decirlo así– como una cosa más. Si estoy esta mañana aquí no es cumpliendo un oficio o realizando una tarea; estoy aquí porque me siento realmente llamado a animar la vida de los jóvenes, y dejo otras cosas por esto, porque creo que esto tiene una prioridad en mi vida, como todo lo social. Después habrá otro obispo que tenga otra vocación en otra línea, y tenga que sacrificar mucho por eso: el que tiene vocación por la liturgia, o por los medios de comunicación; dará muchas cosas por esto. Pero yo lo que quiero distinguir es la dimensión vocacional de la mera “ocupación” en la vida.

Y ustedes tienen acá una dimensión vocacional a lo social, que después expresarán como crean que les corresponde, y no es una ocupación más en la vida, sino que es algo vocacional, es como un llamado del Señor: Dios los ha llamado, Dios les ha hecho ver, por ejemplo, el tema de la pobreza; ustedes lo ven.

Yo me encuentro con muchos jóvenes que ni se enteran de que hay pobreza en la Argentina. Ustedes lo han visto, ustedes han tenido esta luz de Dios que les ha mostrado: hay pobres en la Argentina. Y si hay pobres en la Argentina uno no puede vivir de cualquier manera. La dimensión vocacional acepta la vida. Porque ustedes saben que hay pobres en la Argentina ustedes no pueden vivir en un hotel 5 estrellas, y cuando se van de vacaciones irse a hacer un crucero por las islas Orcadas, vivir ahí panza arriba... no pueden. Porque uno piensa: hay gente pobre en la Argentina y yo no puedo vivir de cualquier manera si hay gente pobre en la Argentina. Por supuesto que todos tenemos que tomarnos un descanso, pero en el descanso mismo que tomamos

vamos a estar marcados por una cierta austeridad, porque la vocación social que tenemos *implica* vivir de un modo distinto.

Esto es lo que yo quiero que ustedes entiendan esta mañana, pero que lo entiendan desde una gran gratitud: ¡qué gracia de Dios haber descubierto que en la vida estoy llamado a una dimensión social que otros no ven! Y entonces: qué bueno que estos años jóvenes yo tenga que vivirlos como una etapa de discernimiento para descubrir con más claridad qué es lo que me pide en este campo. Esta distinción me parece fundamental: la vocación social es como tal *vocación*, no es una cosa más en la vida, no es una ocupación más.

## HIJO - HERMANO - SEÑOR

Fíjense que en la Doctrina Social de la Iglesia hay unos grandes principios que son muy iluminadores, y dicen: si Dios es el creador de todo, yo –persona humana- he sido creado por Dios y me voy a encontrar con tres realidades: estas realidades son las que describen todo con lo que me voy a encontrar. ¿Con qué me puedo encontrar yo, persona humana? Me puedo encontrar con Dios, me puedo encontrar con otros seres humanos, me puedo encontrar con las cosas, con la naturaleza. Ahí está todo agotado: el mundo se resume a eso, se resume a Dios, a otras personas y a las cosas. Y si yo vivo cristianamente, o iluminado por la Doctrina Social de la Iglesia (sin ser cristiano), en mi relación con Dios yo me tengo que sentir *hijo de Dios*, en mi relación con las otras personas yo me tengo que sentir *hermano*, y en la relación con las cosas yo me tengo que sentir *señor*. Yo les diría: esta reglita apréndansela; a mí me ha servido muchísimo.

Yo respecto de Dios soy *hijo*, no soy esclavo de Dios. Y un padre o una madre lo que quieren es la realización de ese hijo. El ejemplo clarísimo en el Evangelio es la Virgen María, que en Caná le dice a Jesús: “llegó tu hora”; Jesús le dice: “no, todavía no llegó”; “sí, llegó tu hora”. La Virgen es la que lo lleva a Jesús a cumplir con su misión: ¡una buena madre! Si la Virgen hubiera sido una madre posesiva habría empezado: “no, a mi hijo todo lo que le va a tocar, uy, no, que se quede todo lo posible al lado mío así lo estoy protegiendo de todas las cosas que tiene que enfrentar”. En cambio la Virgen le dijo: “vos tenés que llevar adelante tu misión; dale, empezá tu misión”. Jesús se fue preparando durante todo ese tiempo para esa misión. Un padre y una madre verdaderos nos tratan como hijos, es decir: nos llevan a una vida de libertad para que uno haga las elecciones que tiene que hacer; y eso es lo que hace Dios con nosotros. A mí Dios me llevó en mi vida a que yo *elija* libremente; me mostró un camino, pero me dijo: “vos sos el que decís que sí o que no”.

La acción de Dios es una maravilla. Para redimirnos le pidió a esa criaturita que era la Virgen, que tendría 14 o 15 años en aquella época: “vos tenés que decir que sí; si no decís que sí no hay salvación”, y ése es el punto hasta el que confía Dios en nuestra libertad. Entonces cuando decimos *somos hijos de Dios*, decimos que tenemos un buen Dios que como padre hace una alianza de amor con nosotros, se compromete a amarnos y a volcar todo su amor de padre a lo largo de toda nuestra vida. Entonces eso es sentirse hijo de Dios. Puede aparecer alguno que diga “no, el cristianismo me quita la libertad”. Todo lo contrario; miren, yo me siento el tipo más libre de la Creación, y mi libertad siempre la he visto conducida por el Amor de Dios. Y la libertad es como un buen esposo y una buena esposa: no se esclavizan por casarse, se van a alimentar mutuamente desde el amor para sentirse más libres.

En segundo lugar, cuando me encuentro con las otras personas, yo tengo que vivir en relación de hermano con esa persona. Esto es quizá lo más difícil, porque muchas veces vamos a tender a hacer hincapié nada más que en los defectos de la otra persona, y la relación se va a hacer muy compleja. Puede ser que eso pase, pero nosotros tenemos que tener siempre ese ideal: yo tengo que llegar a una fraternidad incluso con aquél que no piensa como yo. Por eso me parece fundamental también para enfrentar alguna cultura adversa a nosotros: nunca tenemos que olvidarnos de que nos estamos enfrentando con hermanos: gente que tiene el derecho a pensar como quiera, y nosotros tenemos también no sólo el derecho sino la obligación de defender nuestro pensamiento, pero nunca podríamos acudir a la violencia, a la calumnia, a la mentira, al desprestigio del otro... Esto es lo que marca un estilo cristiano: la fraternidad marca un estilo cristiano en la relación con los demás.

Vamos a tener seguramente en los próximos tiempos el desafío católico (y de las otras religiones, que se han expresado en los diarios de hoy a favor de la vida) del tema de la vida, vamos a tener discusiones en este tiempo, y nosotros no podemos vivir esta discusión como una cruzada, no podemos destruir o querer destruir a los que piensan distinto. Nosotros tenemos que defender con valentía nuestro pensamiento, pero desde una fraternidad, y no podemos denostar al que piensa distinto de nosotros, porque ése no sería el estilo cristiano. Nosotros somos hermanos de todos, también de los que piensan distinto. Jesús dio la vida por todos, por aquellos mismos que lo crucificaban. Lo cual no quiere decir que Jesús se callara la boca: les dijo las cosas como tenía que decirles, y lo dijo con mucha valentía, pero dio la vida incluso por los que no pensaban como él.

En tercer lugar entonces están las cosas, y las cosas muchas veces tienden a esclavizarnos a nosotros, porque muchas veces el tesoro lo ponemos en las cosas. Y Jesús nos dice: “ahí donde esté tu tesoro está tu corazón”. En un contexto consumista y materialista como en el que vivimos, justamente el tema de las cosas es un gran tema. Y entonces la Doctrina Social de la Iglesia me dice: yo tengo que ser señor, las cosas no se pueden enseñorear de mí. Yo tengo que ser señor de las cosas, y tener la libertad de los hijos de Dios para no dejarme esclavizar por las cosas. Unos días antes de llegar a Madrid, yo estaba en Europa y Europa estaba muy conmocionada por los líos que había habido en Inglaterra.

En Inglaterra había habido grupos de jóvenes que quemaron tiendas y casas, y cuando se investigó qué es lo que les pasaba a esos jóvenes, se llegó a la conclusión de que no había ninguna ideología detrás de eso; porque normalmente cuando hay guerras siempre hay una ideología detrás, de cualquier signo, pero acá no había ideologías. ¿Qué pasaba? ¿Por qué los jóvenes quemaban tiendas? La conclusión es que eran jóvenes que querían tener lo que tenían los ricos, y como no lo podían tener porque no les alcanzaba el dinero, asaltaron e invadieron locales: o sea, era el ideal consumista, no había otro ideal, otra ideología, era nada más el deseo de consumir. “Si vos tenés eso, ¿por qué yo no lo voy a tener?”, y esto es muy grande. Los jóvenes tienen culpa, pero muchas más culpa tiene la sociedad que está constantemente instando el consumo, y que pone los medios materiales como los grandes bienes a los cuales hay que acceder. Y nosotros en el Evangelio leemos que Jesús nos dice: “miren los lirios del campo, miren las aves del cielo, ellos no plantan, no siembran, y sin embargo el Padre Celestial los alimenta”, y ustedes también tienen que vivir respecto a las cosas de modo tal que sepan que el Señor se las va a asegurar. Por supuesto que hay también que trabajar y conseguir las cosas que nos dan la posibilidad de vivir como hijos de Dios, y eso es lo que

deseamos para todos los hermanos y para nosotros también, pero no es posible que el único ideal sea consumir.

Nosotros tenemos como ideas justamente ser hijos de Dios, vivir una fraternidad, vivir una paz que Jesús trae, y entonces ahí es donde nosotros ponemos los grandes valores, y los medios son justamente medios para que nosotros podamos tener esta vida de libertad de hijos de Dios. Bien, con este esquema, de que nosotros somos hijos de Dios, hermanos de las personas, señores de las cosas, en este esquema entonces es en el que entramos a la vocación social.

Yo, personalmente, y cada uno de ustedes, tienen una vocación social, que quiere decir: yo tengo una opción preferencial por los pobres, y tengo una opción preferencial por el bien común: esto es tener una vocación social. El bien común hoy en la Argentina pasa fundamentalmente por el bien de los pobres, porque hay un alto porcentaje de argentinos que están viviendo en pobreza y en exclusión, y una sociedad no puede darse el lujo de ser feliz si no va logrando el camino de que todos tengan lo mínimo para lograr esta condición de hijos de Dios. Por eso la vocación social es una vocación del bien común, es una vocación de opción preferencial por los pobres, es una vocación de desarrollo integral. Y para poder llevar adelante esta vocación hay tres dimensiones que tienen muy mala prensa y que yo voy a tratar de volcarles en buena prensa, que son el poder, el dinero y el gozo en la vida feliz.

#### **PODER - DINERO - GOZO**

En primer lugar, el poder. Si esta charla hoy yo se la estuviera dando a jóvenes de un barrio, o jóvenes de un colegio, o de una facultad, que no estuvieran comprometidos en la vida social, no podría decir estas cosas. Yo estoy con jóvenes que tienen un compromiso, y entonces les digo: toda vocación a un compromiso es una vocación al poder. La palabra poder tiene muy mala prensa, porque generalmente se ha buscado el poder para dominar a otros, o para la autoexaltación. Y nosotros decimos: si no tenemos poder, no podemos servir. Este punto es fundamental. Fíjense: yo soy obispo, y para poder cumplir mi misión episcopal la Iglesia me da un poder espiritual, porque si yo como obispo no tuviera autoridad, yo estaría desarmado. Ahora, si yo la autoridad episcopal la uso para someter a la gente, o la vivo de una manera autoritaria, no la vivo para promover la libertad, las decisiones personales, los compromisos, estaría viviendo mal el poder. Pero una cosa es ejercer mal el poder, y otra no reconocer que el poder es necesario. Donde estén, ustedes van a tener que tratar de tener poder. En un sindicato, hasta que no se tiene poder, uno no puede reorientar ese sindicato; en un partido político, si ustedes no tienen poder, no pueden concretar la vocación que tienen. Ahora bien, la Iglesia va a decir: todo poder está en función de un servicio.

Cuando Jesús despide a los apóstoles les dice: “vayan por todo el mundo, yo les doy el *poder* de perdonar los pecados, les doy el *poder* de anunciar el Evangelio, les doy el *poder* de celebrar los sacramentos... Les da el *poder* de iluminar al mundo con el Evangelio. Si no tenemos poder, nosotros no podemos servir, entonces a veces la búsqueda del poder tiene mala prensa, y nosotros tenemos que mostrar la buena prensa que tiene esto: no es una mala palabra el “poder”. El poder es algo necesario para servir, y cuanto más poder se tiene más servicio hay que brindar. Por eso, por ejemplo, cuando nosotros elegimos nuestros representantes políticos les estamos delegando un poder a ellos, y ellos tienen que retribuir el poder que les damos sirviéndonos a nosotros. Y sobre todo nosotros tenemos que encaminar ese poder de los dirigentes hacia el servicio a los más pobres.

Lo primero es el poder, lo segundo es el dinero. Si nosotros no tuviéramos un poco de plata no podríamos haber realizado este encuentro. Este encuentro implica de parte de ustedes gastos de viaje, de estadía, de comida... Y nosotros hemos buscado los fondos para realizar este encuentro. Ahora, si los fondos que nosotros buscamos, nos los hubiéramos gastado en cualquier cosa que no fuera esto, habríamos usado mal el dinero. Los medios son necesarios, y muchas fundaciones justamente juntan plata, pero para dar esa plata en el beneficio de los fines de las organizaciones. A veces hay fundaciones que juntan plata, pero arman una burocracia tal que alimentan la propia burocracia, lo cual es una manera equivocada. Los medios –y el dinero es un medio- son necesarios para poder llevar adelante los fines, y esos medios nunca tienen que enseñorearse de nosotros.

Cuando el poder se adueña de nosotros, nosotros somos esclavos del poder. Cuando el dinero se hace señor de nuestras vidas, somos esclavos del dinero. Las cosas nos pueden esclavizar. Nosotros tenemos que llevar adelante toda nuestra vida con un sentido muy pleno de libertad, tenemos la libertad de los hijos de Dios, y esa libertad nos la ha dado Dios justamente para que tomemos las decisiones de nuestra vida, y para que esas decisiones se lleven adelante necesitamos medios. A veces lamentablemente, nos encontramos con organizaciones en las que se busca el poder político nada más que para el beneficio de unos pocos, y ahí hay una gran equivocación. Pero un político también tiene que ganar, para mantener bien a su familia y que no lo lleve a la corrupción, al robo. Cuando no está bien orientado el tema del poder y del dinero, se cae en la corrupción. Pero el hecho de que se caiga en la corrupción no tiene que hacernos pensar que el poder es malo o que los medios son malos, sino que justamente son medios: son necesarios, pero hay que orientarlos en la dimensión servicial.

Y lo tercero que quiero decirles es el deseo del gozo: esto está puesto en el corazón nuestro: Dios quiere que gocemos en lo que llevamos adelante. Cuando Dios tiene una vocación para nosotros, pone en el corazón un gusto por la vocación que llevamos adelante. Es decir, nosotros no podríamos gestar nunca una vocación si esa vocación es nada más que una fuente de dolores de cabeza, o la hacemos con disgusto, o como una obligación. Jesús justamente censura mucho a los fariseos de su época, a los dirigentes de su época, y les dice: “ustedes a la religión la han transformado en una especie de esclavitud, la han llenado tanto de leyes y de normas que nunca gozan con lo que significa ser hijos de Dios, el tener un Dios que los ama”. Es decir, esta dimensión de gozo, en lo que nos hace, es una dimensión fundamental. Y también es un criterio de discernimiento para ir delineando la propia vocación. No es que yo no vaya a tener cruces en mi vida; uno tiene que aceptar que siempre va a haber cruces, va a haber momentos difíciles, y no es que uno tenga que hacer las cosas nada más que para gozar y para estar siempre contentos. Uno tiene que llevar adelante la misión porque Dios se la ha encomendado, pero esa misión tiene que ser fuente de gozo en nosotros; ustedes tienen que estar contentos estando al servicio de los pobres, tienen que estar contentos de tener esta vocación social; tiene que ser fuente de alegría en la vida de todos ustedes. Que después aparecerán cruces es parte de la vocación.

Yo me acuerdo cuando estaba tomando la decisión de ser sacerdote, estaba muy contento con todas las cosas que hacía: yo estaba afiliado a un partido político, estaba en el centro de estudiantes, trabajaba un poquito, estudiaba en la facultad, estaba en la Acción Católica, salía como cualquier joven de mi tiempo... y estaba muy contento con todo eso. Y de repente aparece la vocación sacerdotal, y en el primer momento en que apareció, apareció como un gran sacrificio: tenía que dejar todo eso; tenía que dejarlo todo. Ahora, ¿Dios me puede pedir que deje el gozo de todo lo que estoy haciendo? Y

cuando yo descubrí que mi vocación sacerdotal iba a ser fuente de un gozo mucho mayor todavía, entonces pude dar el salto. Pero si yo hubiera tomado el ministerio sacerdotal nada más que como un sacrificio que yo le ofrecía a Dios, no habría visto toda su riqueza. En el fondo alguna vez en alguna época pensé que era una cruz el sacerdocio, pero luego descubrí que era una fuente de gozo muy grande – que iba a tener cruces, por supuesto, porque las cruces están implícitas en la vida –, que era el gozo del servidor, de llevar alegría a los demás, y ésa es la gran fuente de gozo en la vida, y es la que permite cualquier sacrificio. Para mí fue un gran sacrificio dejar todo lo que tenía para entrar a ser sacerdote, pero lo pude hacer cuando descubrí que ser sacerdote iba a ser una fuente de gozo muy grande para mí. Y el gozo y la alegría de los otros es la mayor fuente de gozo y alegría nuestra. Esto nos tiene que aparecer así. Ustedes tienen que vivir este llamado de Dios a la vocación en la que están como una gran fuente de gozo, porque es fuente de gozo para los otros y va a ser fuente de gozo para ustedes.

Entonces, para resumir un poco y dar una conclusión: hemos venido viendo este panorama de la Creación, del pueblo judío que va descubriendo en todos los mandamientos de Dios un ordenamiento, llega a Jesucristo, nos deja todo un ordenamiento, en Jesucristo nos sentimos hijos de Dios, hermanos de las otras personas, señores de las cosas, y concretamente esta vocación social que tiene que ser una fuente de gozo muy grande, que necesita de los medios, del poder, de los medios humanos, para poder realizarse, y termino entonces mostrándoles en este momento concreto qué sería, cómo se debería ordenar esta vocación de ustedes, cuáles serían las tendencias, según la Doctrina Social de la Iglesia, en que tienen que expresarse en este momento en esta vocación de ustedes.

## **VOCACIÓN DE GRANDEZA**

Primero decirles: esta vocación de ustedes es una vocación de grandeza, una vocación de realización. Así como ustedes están comprometidos en otras cuestiones como puede ser el estudio, el trabajo, la vida familiar, esta dimensión social es algo que le da grandeza a la vida. Ustedes habrán visto la película “Rescatando al Soldado Ryan”, cuando este muchacho ya está viejo y va al cementerio, y entonces le pregunta al muerto, al sargento que había dado la vida por él: “¿Habré vivido una vida que valga la pena?”. Porque justamente antes de morir el Sargento le dice: “Hemos hecho mucho sacrificio para encontrarte; tratá de vivir de modo tal que tu vida justifique todo el sacrificio que hemos hecho”. Yo pensaba: nosotros a Jesús le tenemos que preguntar, que dio la vida por nosotros: “¿Estamos viviendo una vida de modo tal que vos podés estar contento con la vida nuestra? ¿Vale la pena mi vida?”. La grandeza es eso: vivir una vida que valga la pena. Que no sea desperdiciada, que no sea más que seguir las circunstancias que van apareciendo. Por eso esta vocación de ustedes requiere constante discernimiento, y para eso van a necesitar ayuda. Y esa ayuda la pueden encontrar en los grandes principios de la Doctrina Social de la Iglesia, pero la tienen también en los maestros que ustedes puedan ir eligiendo. Siempre hay sacerdotes, amigos, personas, que a uno le significan, y con las cuales uno tiene que dialogar. Los maestros son muy importantes y nos acompañan en el compromiso.

Y en cuanto a los principios, ustedes siempre tienen que pensar cómo priorizamos esta opción por los pobres; y hoy en día esa opción por los pobres significa tratar de gestar acuerdos y consensos, tratar de unir fuerzas para que esta concesión del bien común nos lleve, a través del diálogo con otros, a encontrar respuestas concretas. No

vamos a poder dar respuesta a toda la cuestión, pero tenemos que ir dando respuestas a las distintas problemáticas en la medida de nuestras posibilidades. Habrá problemas concretos en los que ustedes tendrán que priorizar la vida sobre todas las otras cosas, tendrán que trabajar en contra de lo que es el narcotráfico, tendrán que priorizar la dimensión educativa... en fin, todas son medidas más concretas que ustedes tienen que ir discerniendo, no me voy a meter yo ahora. Es el camino para que este camino de la vocación de ustedes se concrete y no quede en una buena aspiración y nada más que en buenos deseos. Muy bien, yo les dejo estos pensamientos, después ustedes los van trabajando.